

mido, me asomé á la ventanilla en el momento que echaba á andar el tren, y los ví allí á todos inmóviles, mudos, con el rostro impasible, con los ojos clavados en los míos. Hice un último saludo, al que contestaron con un ligero movimiento de cabeza, y desaparecieron de mi vista para siempre. Cada vez que pienso en ellos, vuelvo á verlos, como si acabase de dejarlos poco antes, en aquella misma postura, con aquellos rostros graves y aquellos ojos fijos, y el afecto que siento por ellos tiene algo de austero y de triste, como el cielo bajo el que los ví por última vez.

LEYDEN.

La campiña entre El Haya y Leyden, es como la de entre Rotterdam y El Haya; una llanura muy verde manchada por el rojo vivo de los tejados y regada de azul por los canales, con algunos grupos de árboles, molinos de viento y ganados desparramados ó inmóviles. Se anda y parece que se está siempre en el mismo sitio ó que se ven de nuevo sitios vistos ya mil veces. La campiña está silenciosa; el tren marcha lentamente, casi sin producir ruido; nadie habla en el wagon; en las estaciones no se oye una voz; poco á poco cae el espíritu en una especie de absorcion, que hace olvidar en dónde se está y á dónde se vá.—¡Y sin embargo, se duerme en este país!—decia Diderot viajando por Holanda; y esta exclamacion asomó á mis lábios varias veces en aquel breve trayecto, hasta que oí gritar: Leyden, y me apeé en una estacion solitaria y tranquila como un convento.

Leyden, la antigua Atenas del Norte, la Za-

ragoza de los Países-Bajos, la hija más vieja y más gloriosa de Holanda, es una de esas ciudades en que, apenas se entra, se queda uno pensativo, y que no pueden recordarse aún mucho tiempo después de haber estado, sin volver á pensar en ellas largamente, y no puede pensarse sin tristeza.

Apenas se llega, se siente el frío de la ciudad muerta. El viejo Rhin, que la atraviesa dividiéndola en muchas islas, unidas por más de ciento cincuenta puentes de piedra, forma grandes canales y remansos que cubren plazas enteras, donde no se ve embarcación alguna; así es que la ciudad parece, más que recorrida, anegada por las aguas. Las principales calles son larguísimas y están formadas por casas viejas y negras, con las consabidas fachadas de punta y en escalones; y en aquellas grandes calles, en las plazas, en las encrucijadas, no se ve ninguna ó muy poca gente desparamada en un vasto espacio, como los supervivientes de una ciudad devastada por la peste. En las calles pequeñas se camina sobre la yerba, entre puertas y ventanas cerradas y todo en profundo silencio, como en las ciudades de las fábulas, donde los habitantes están sumidos en un sueño sobrenatural. Se pasan puentes llenos de yerba, por canales cubiertos de verde, por plazas que parecen patios de convento; de pronto se desemboca en una calle tan ancha como las de París, y vuelta otra vez al laberinto de callejuelas. De puente en

puente, de canal en canal, de isla en isla, se dan vueltas horas y horas buscando siempre la vida y el movimiento de la antigua Leyden, y no se encuentra más que la soledad, el silencio y el agua que refleja la tétrica majestad de la ciudad decaída.

Después de un largo paseo llegué á una vasta plaza donde hacia el ejercicio un escuadrón de caballería. Un viejo guía que me acompañaba, me hizo detener á la sombra de un árbol y me dijo que aquella plaza, llamada en holandés La Ruina, recordaba una gran desgracia para la ciudad de Leyden. «Antes de 1807—dijo en un francés endemoniado y con el tonillo de maestro de escuela, propio del *cicerone* holandés—este gran espacio estaba cubierto de casas y el canal que ahora atraviesa la plaza, pasaba entonces por el medio de la calle. El 12 de Enero de 1807, un buque cargado de pólvora voló, y ochocientas casas con algunos centenares de habitantes saltaron al aire, y así se formó la plaza. Entre aquellos habitantes estaba el ilustre historiador Juan Luzac, que después fué sepultado en la iglesia de San Pedro, con una hermosa inscripción; y entre las casas voladas estaba la de la familia Elzevirs, gloria de la tipografía holandesa.»—¡La casa de los Elzevirios!—dije para mí con grata sorpresa;—y pensé en ciertos bibliófilos que conocía en Italia, que se hubieran considerado felices al oprimir con su planta la

tierra en que se habia erguido aquella casa ilustre, de la que salieron las pequeñas obras maestras de tipografía que ellos buscan, cuidan y acarician con tanto amor; esos libritos que parecen impresos en caracteres diamantinos, modelos de delicadeza y precision, en los que un error tipográfico es un portento y duplica su aprecio y su valor; esas maravillas de politipos, de contornos, de bigotes, de florones, de fondos de lámpara de que hablan los aficionados con la voz conmovida y los ojos humedecidos.

Al salir de aquella plaza entré en el Breedestraat, la calle más grande de Leyden, que atraviesa la ciudad de un extremo á otro en forma de una S, y llegué ante el palacio municipal, que es uno de los más curiosos edificios holandeses del siglo décimo sexto. A primera vista, parece una decoracion de teatro y contrasta desagradablemente con el aspecto sério de la ciudad. Es un palacio bajo y largo, ceniciento, con una fachada lisa, sobre lo alto de la cual hay una balaustrada de piedra, y sobre ésta se alzan obeliscos, pirámides pequeñas, frontispicios aéreos adornados de estátuas grotescas que forman una especie de almenas fantásticas alrededor de un tejado empinado; frente á la entrada principal se eleva un campanario compuesto de varios planos, que penetran uno dentro de otro, que le dan el aspecto de un altísimo kiosko, con una enorme corona de

hierro en la punta, de la forma de un globo del revés, y un mástil. Sobre la puerta, á la que se llega por dos escaleras, hay una inscripcion holandesa, que recuerda el hambre sufrida por la ciudad en 1574, compuesta de ciento treinta y una letras, que corresponden á los dias que duró el sitio.

Entré en el palacio, anduve por varias salas y corredores sin encontrar alma viviente ni sentir un ruido que diese indicios de que estaba habitado, hasta que encontré á un ugieer que se colocó á mi lado, y despues de hacerme atravesar una habitacion donde habia varios empleados inmóviles como autómatas, me condujo á la sala de las curiosidades. El primer objeto que me llamó la atencion, fué una mesa descompuesta, en la que si es verdadera la tradicion, trabajó el famoso sastre Juan de Leyden, que revolucionó el país al principio del siglo diez y seis, como habia hecho cinco siglos antes Tanchelyn, de obscena memoria, aquel Juan de Leyden, jefe de los anabaptistas que defendió contra el obispo conde de Waldeck la ciudad de Munster, donde lo habian elegido rey sus fanáticos partidarios; aquel piadoso profeta que tuvo un serrallo de mujeres é hizo decapitar á una porque se habia lamentado de la carestía; aquel Juan de Leyden, en fin, que murió á la edad de veintiseis años, desgarrado por tenazas candentes, y su cadáver colocado en lo alto de una torre, en

una jaula de hierro, fué devorado por los cuervos. Este, sin embargo, no habia llegado á causar el fanatismo que causara Tanchelyn, al cual, las mujeres, persuadidas de que hacian algo agradable á los ojos de Dios, se prostituian en presencia de sus maridos y de sus madres, y los hombres bebian como una bebida purificadora, el agua en que habia lavado su súcia persona.

En otras salas hay pinturas de Hinck, de Francisco Mieris, de Cornelis Engelbrechtsen, y un *Juicio universal* de Lúcas de Leyden, el patriarca de la pintura holandesa, el primero que aprendió las leyes de la perspectiva aérea, valiente colorista y grabador de muchísima fama, al que es de esperar se le hayan perdonado en el otro mundo las Marías y las Magdalenas feísimas, los santos burlescos y los ángeles desconcertados de que pobló sus cuadros. Tambien éste, como casi todos los pintores holandeses, tuvo una vida llena de aventuras. Viajó por Holanda en una embarcacion propia; en todas las ciudades daba un banquete á los pintores; fué ó creyó haber sido envenenado con un veneno lento por sus rivales; estuvo años en el lecho, y allí pintó su obra maestra, *El ciego de Jericó curado por Cristo*, y murió dos años despues, en un dia memorable por un calor prodigioso que causó muchas muertes é infinitas desgracias.

Fuera ya del palacio municipal, mandé que

me llevaran á un castillo situado en una pequeña colina que se alza en el medio de la ciudad entre los dos brazos principales del Rhin, y es la parte más antigua de Leyden. Este castillo, llamado por los holandeses el Burg, no es más que una gran torre redonda y vacía, construida, segun unos, por los romanos; segun otros, por un Hengist, duque anglo-sajon, y recientemente restaurada y coronada de almenas. La colina está toda cubierta de altísimas encinas que ocultan la torre é impiden ver la campiña; tan solo aquí y allá, mirando á través de las ramas, se ven los rojos tejados de Leyden, la llanura regada de canales y los campanarios de las ciudades lejanas.

En lo alto de aquella torre, á la sombra de las encinas, suelen colocarse los extranjeros para evocar el recuerdo de aquel asedio, que fué «la más lúgubre tragedia de los tiempos modernos,» y que parece haber dejado en el aspecto de Leyden una marca indeleble de tristeza.

En 1573, los españoles mandados por Valdés pusieron sitio á Leyden. En la ciudad no se encontraban más que algunos soldados voluntarios. El mando militar estaba encomendado á Van der Voes, hombre valeroso y poeta latino de fama; Van der Werff era burgomaestre. En breve tiempo, los sitiadores construyeron más de sesenta fuertes en todos los pasos por donde se pudiese penetrar por agua ó por tierra en la ciudad, y Leyden quedó com-

pletamente rodeada. Pero no decayó el ánimo de los habitantes. Guillermo de Orange les habia mandado á decir que resistiesen á lo ménos tres meses; que en este tiempo podria socorrerlos; que la suerte de Holanda dependia de la de Leyden; y los leydeneses le habian prometido resistir hasta el último extremo. Valdés les ofreció el perdon del Rey de España si le abrian las puertas; ellos contestaron con este verso latino: *Fistula dulce canit, volucrum dum decipit anceps*, y comenzaron á hacer salidas y á trabar encuentros. Entretanto, en la ciudad iban escaseando los víveres y estrechándose poco á poco el círculo del sitio. Guillermo de Orange, que ocupaba la fortaleza de Polderwaert, situada entre Delft y Rotterdam, no viendo otra manera de socorrer la ciudad, concibió y obtuvo que fuese aprobado por los diputados el designio de inundar la campiña de Leyden, rompiendo los diques del Issel y el Mosa, echando así á los españoles con el agua, ya que no podia echarlos con las armas. Esta desesperada resolucion fué puesta inmediatamente en práctica. Los diques fueron rotos por sesenta partes; las cataratas de Rotterdam y de Gouda fueron abiertas; el mar comenzó á invadir la tierra y doscientas barcazas estaban preparadas en Rotterdam, en Delftshaven y en otros puntos para llevar provisiones á la ciudad apenas comenzasen las mareas vivas del equinoccio de otoño. Los españoles, aterrados al prin-

cipio de la inundacion, se tranquilizaron cuando hubieron comprendido el designio de los holandeses, estando seguros de que la ciudad tenia que rendirse antes de que el agua llegase á los fuertes principales, y para conseguirlo, estrecharon el sitio con más vigor. En este tiempo, los leydeneses, que comenzaban á sentir los apuros de la carestía, y á desesperar que el socorro prometido llegase á tiempo, enviaban cartas, por medio de pichones, á Guillermo de Orange, enfermo de fiebre en Amsterdam, exponiéndole el triste estado de la ciudad; y Guillermo respondia animándolos á continuar la resistencia, y que apenas estuviese curado, volaria á socorrerlos. Las aguas avanzaban, el ejército español comenzaba á abandonar los fuertes más bajos, los habitantes de Leyden subian continuamente á la torre á observar el mar, unas veces esperando y otras desesperados, sin cesar de trabajar en las murallas, de hacer salidas y de rechazar asaltos. Por fin, el Príncipe de Orange curó, y los preparativos para la liberacion de Leyden, que durante su enfermedad habian sido descuidados, se reanudaron con vigor. El primero de Setiembre los leydeneses vieron desde lo alto de la torre aparecer á lo lejos los primeros buques holandeses. Era una pequeña flota mandada por el almirante Boisot, y tripulada por ochocientos zelandeses, hombres salvajes, cubiertos de heridas, avezados al mar, despreciadores de

la vida, ferocísimos en las batallas, todos con una media luna y esta inscripcion en el sombrero: «Antes turcos que papistas,» y formaban una falange de extraño y terrible aspecto, resuelta á salvar á Leyden ó á perecer en las aguas. Los buques avanzan hasta el dique extremo, á cinco millas de la ciudad, que estaba defendido por los españoles. Se trabó el combate; el dique fué asaltado, conquistado, destrozado; el mar penetró y los buques holandeses pasaron triunfalmente por las brechas. Fué un gran paso; pero no era más que el primero. Detrás de aquel dique habia otro. Comenzó otra vez la batalla; tambien el segundo dique fué conquistado y roto, y la flota siguió adelante. De pronto, el viento se vuelve contrario y los buques tienen que detenerse; vuelve á soplar favorable y avanzan; cambia otra vez en contra y los buques se detienen. Mientras esto sucede, en la ciudad comienzan á faltar hasta los animales repugnantes de que los ciudadanos se ven obligados á alimentarse; la gente se echa de bruces á chupar la sangre de los caballos muertos; las mujeres y los niños revuelven las inmundicias de la calle; estalla la epidemia; las casas se llenan de cadáveres; han muerto más de seis mil ciudadanos; se ha perdido toda esperanza de salvacion. Una turba de hambrientos corre á ver al burgomaestre Van der Werff, y con desgarradores gritos le pide la rendicion. Van der Werff, rehusa. La plebe le ame-

naza. Entonces hace señal con el sombrero de que quiere hablar, y en medio del silencio general, grita:—¡Ciudadanos: he jurado defender la ciudad hasta la muerte, y con la ayuda de Dios mantendré mi juramento! Vale más morir de hambre que de vergüenza. Vuestras amenazas no me aterrorizan. Yo no puedo morir más que una vez. Matadme si queréis, y saciad con mis carnes vuestra hambre; pero mientras viva no me pidais la rendicion de Leyden.—La multitud, conmovida por estas palabras, se dispersa en silencio, resignada á morir, y la ciudad continúa defendiéndose. Por fin, en la noche del 1.º de Octubre se desencadena un violentísimo huracan equinoccial; el mar se alborota, cubre los diques arruinados é invade furiosamente la tierra firme. A media noche, en lo más fuerte de la tempestad, en medio de una oscuridad profunda, se mueve la flota holandesa. Algunos buques españoles salen á su encuentro. Se entabla una horrible batalla entre las copas de los árboles y los tejados de las casas sumergidas, á la luz de los fogonazos de los cañones. Los barcos españoles son abordados, invadidos y echados á pique; los zelandeses saltan en los bajos fondos y empujan sus embarcaciones á fuerza de hombros; los soldados españoles, aterrados, abandonan los fuertes, caen al mar á centenares, son muertos á puñaladas y á lanzazos, precipitados de los tejados y de los diques, abrasados, dispersos. Queda el último